

posición “en” por la conjunción “y”, de modo que cada dos años, la gastronomía con homenajes a prestigiosos cocineros y críticos gastronómicos y la pintura con sus premios y exposiciones conviven en el Certamen.

La presente edición, con motivo de su décimo quinta edición, tuvo una significación especial porque en ella se rindió un sencillo pero emotivo homenaje en el recuerdo a Villa Pastur y se entregó una medalla con su efigie -magnífica creación de Juan Zaratiegui- a la ganadora del premio que lleva su nombre, dotado con cuatro mil euros, y que correspondió a una obra de Dolores Trabanco, “Nekane”. Una medalla que seguirá formando parte del premio en las sucesivas ediciones.

En ausencia de actuaciones institucionales, y con la modestia y las limitaciones a las que las iniciativas privadas suelen estar más condicionadas, es de agradecer que alguien se preocupe por conservar el recuerdo de un personaje sin el cual no se puede explicar ni contar la historia de lo que fue el arte asturiano, y en particular la pintura, durante décadas. Precisamente aquellas críticas décadas durante las cuales para muy amplios sectores de la sociedad, y aún de la pintura en concreto, el precedente del grupo El Paso no había sido más que una excentricidad, algo que en ningún caso podía llamarse arte. Fue Villa Pastur, con sus críticas, charlas, publicaciones y organización de actos, quien se fue encargando, durante bastante tiempo en solitario, de ir explicando a la gente qué era aquello del expresionismo, el constructivismo, el cubismo o la abstracción. En cuanto a los artistas, de ir separando el grano de la paja, y se puede decir que fue grande la cosecha de grano porque con la creación del Certamen Nacional de Pintura de Lluvia, en 1970, promovió una inquietud por la creación plástica y un afán de conocimiento del arte en la población, como pocas veces se habrá producido en España. El jurado de aquel certamen en su primera edición, que por primera y única vez se llamó “de Occidente”, estuvo compuesto por Nicanor Piñole, Paulino Vicente, Pedro Caravia, Orlando Pelayo, Alejandro Mieres y Adolfo Bartolomé. Después, cada año y durante casi treinta, se rendía en el verano lluarqués público homenaje a una figura consagrada de la pintura asturiana: exposición, publicación de un libro y comida a la que concurrían aficionados del arte de toda Asturias, además de otra exposición con las obras seleccionadas y premiadas en el concurso de pintura. Su repercusión probablemente explique el hecho de que la mayoría de los pintores asturianos más reconocidos formados en aquella época tuvieron su origen en el occidente de Asturias.

El entonces consejero de cultura, Fernández de la Cera, escribió tiempo después que Villa Pastur debería ser nombrado “benefactor” del Occidente, y su labor como profesor de arte y literatura en el instituto de Lluvia, sus subastas de cuadros pedidos a los artistas y esperadas en toda Asturias, para sufragar el viaje a Florencia o Roma de sus alumnos, también contarían para el título. Pero el “benefactor”, “el hombre que nunca pedía nada” salvo esos cuadros, dejó de contar en 1997, abruptamente, como responsable del Certamen de Lluvia, precisamente en el mes del último homenaje, exposición, libro y comida, dedicados aquel año a Melquíades Álvarez, en los que Villa no participó. El certamen siguió, como se sabe, pero sin Villa Pastur ni su recuerdo.

Sin embargo, sí reivindicamos ese recuerdo en el Certamen de la Gastronomía y la pintura, que él creó, con el Premio que lleva su nombre y la medalla con su inolvidable figura. No es mala idea visitar la exposición, en Lluvia o Navia de las obras seleccionadas y premiadas en la presente edición.

M MÚSICA

La importancia de la escena

La dramaturgia española triunfa en los grandes teatros de ópera

COSME MARINA

En el mundo de la lírica, España ha tenido peso en los circuitos internacionales principalmente por los cantantes. La escuela de canto española ha propiciado sucesivas generaciones de intérpretes que han tenido largas carreras en los principales teatros internacionales. Aún en nuestros días tenemos conviviendo a un buen número de ellos triunfando, y en diferentes segmentos de edad, lo cual permite ser optimistas a medio y largo plazo.

No hemos tenido, salvo excepciones muy contadas, una influencia similar en lo que a directores musicales se refiere. Escasos maestros han conseguido una trayectoria en los grandes fosos líricos, lo cual se ha dejado notar, y mucho, porque la dirección orquestal tiene en la ópera uno de sus principales bastiones. Y, hasta hace unos años, tampoco en la dirección de escena las opciones eran especialmente destacadas. Sin embargo, aquí las cosas sí que han cambiado en estos últimos tiempos de forma notoria.

Los directores de escena de nuestro país están consiguiendo hacerse fuertes en sus respectivos ámbitos de actuación y su presencia es continua en temporadas y festivales en todo el mundo. Coinciden este mes tres ejemplos que podrían replicarse con asiduidad. El ovetense Emilio Sagi acaba de llevar Don Carlo a la Ópera de San Francisco hace unos días y ya está en Roma preparando nuevas representaciones de Linda di Chamounix, antes de cerrar la temporada del teatro Real de Madrid con I Puritani. Alex Ollé (de La Fura dels Baus) es junto a su compañero de colectivo, Carlos Padrissa, otro de los nombres más solicitados. Acaba de estrenar, entre aclamaciones, Edipo en el Covent Garden de Londres y se prepara para realizar Madama Butterfly en las termas de Caracalla en Roma en pleno mes de julio. También Calixto Bieito es uno de nuestros artistas de mayor éxito: su debut con Lear en la Ópera de París le ha supuesto un triunfo rotundo, antes de estrenar ahora en Munich La juive.

Son tres importantes muestras de un movimiento más extenso que tiene más representantes. Todos ellos tienen en común el riesgo, la huida de los estereotipos y del acomodo. Están insertos en las nuevas corrientes internacionales que han conseguido reubicar al género lírico al primer plano, salvando su existencia frente a otros que viven instalados en una decadencia interminable que los puede llevar a extinguirse. La ópera, como todas las disciplinas escénicas, no se puede abordar como un museo, como algo inerte que no se puede alterar. Todo lo contrario. Ha de estar viva, aunque genere polémica y controversia. Y en ese discurso, los creadores españoles están primera línea, lo cual es muy reconfortante.

ENSAYO

Romper el silencio, hablar del suicidio

El filósofo Simon Critchley reflexiona sobre un tabú con respeto y clarividencia

ANA VEGA

Es preciso hablar. Es necesario hablar del suicidio. Para ello Simon Critchley se propone “abrir un espacio para pensar acerca del suicidio como un acto libre que no debería ser objeto de repulsa moral o condenado en voz baja”. Añade que “es preciso comprender el suicidio y es imperativo entablar una discusión más madura, compasiva y reflexiva acerca del mismo”. Intenso y delicado debate el que aquí se establece. Cabe preguntarse si el ejercicio máximo de nuestra libertad como seres humanos es la de nuestra propia autodestrucción -capacidad y elección de ésta- pero al mismo tiempo surgen otros muchos debates internos y externos sobre dicha decisión que para ser considerada como ejercicio absoluto de libertad no ha de ser condicionada por otros factores más allá de ésta. Existen, no obstante, otros muchos factores y consecuencias cercanas para quienes sobreviven a la muerte de quien decide finalmente llevarla a cabo. Debate delicado, insisto, pero necesario, pues ocurre, se trata de una realidad que ahora mismo, en este mismo instante, tiene lugar y se repite.

Simon Critchley es filósofo y catedrático de filosofía, ha escrito varios ensayos y monografías y modera una columna de filosofía en el New York Times. Lejos de temer adentrarse en un tema tan polémico, nos ofrece un análisis certero, una reflexión honesta, sincera, en la que plantea algunas cuestiones básicas que nadie parece querer asumir: “Es como si nuestra proximidad al suicidio, el hecho de que nuestro destino esté literalmente en nuestras manos, fuera casi imposible de soportar y nos faltaran las palabras. Nuestra cercanía y lejanía

“Nuestra cercanía y lejanía simultáneas con respecto al suicidio nos sumen en el silencio”, escribe Critchley

simultáneas con respecto al suicidio nos sumen en el silencio”. Critchley rompe este silencio con respeto y clarividencia. Para ello nos ofrece interesantes claves. Si cambiamos las palabras “dios” o “rey” por “Estado”, “sociedad”, “país” o “comunidad”, cu-

riosamente, la óptica se modifica: “En vez de ser visto como un acto soberano y libre, el suicidio se considera una usurpación de soberanía, un acto moralmente vergonzoso y reprochable de insubordinación”. No sólo existían sanciones póstumas para el suicida sino también una condena eterna. Hablamos por tanto del derecho a ejercer nuestra propia voluntad en nuestro cuerpo, elección y libertad, aunque seamos seres cuya vida forma parte de una relación con otras personas, a las que nos unen vínculos afectivos cuyo lazo también queda afectado por este hecho. Es necesario analizar igualmente la causa: “Los estudios apuntan a una apreciable correlación entre desempleo y suicidio, y algunos de ellos constatan que la tasa de suicidios entre los desempleados ha experimentado un aumento significativo desde la década de 1990”. Cabe preguntarse entonces cuál es la base sobre la que sustenta la decisión que conduce a alguien a sentir que su vida pesa más que todo cuanto la rodea y cuál es nuestro papel en dicha decisión y ejecución, también. En palabras de John Donne: “Creo tener en las manos la llave de mi prisión, y ningún remedio se presenta tan presto a mi corazón como mi propia espada”. Que ocurriría si ofrecemos otra alternativa a esta espada, a esta prisión, en definitiva otro remedio o algo que evite la causa misma que sustenta la desesperación que esta sociedad alimenta cada día.

Apuntes sobre el suicidio

SIMON CRITCHLEY

Seguido de Sobre el Suicidio de David Hume

Traducción de Albert Fuentes

Ed. Alpha Decay, Barcelona, 2016

110 páginas; 14,90 euros

